

La grieta y la luz

Enrique Arias Beaskoetxea

publicado en la RAL,M
Revue d'Art et de Littérature, Musique

julio 2014

www.lechasseurabstrait.com

flota la niebla
luminosa en el viento:
embarcadero

Nishiyama Sain

No hay árbol que el viento
no haya sacudido.

Proverbio hindú

Índice

I.	La grieta	4
(1)	Dolor de vivir	5
(2)	Solitude	7
(3)	Pentimento	9
(4)	Jaquica	11
(5)	Cansancio	13
(6)	Clasificación	15
(7)	Recreación	17
(8)	Tener miedo a tener miedo	19
(9)	La vida angosta	20
(10)	El pánico a la gente	22
(11)	La crisis	25
(12)	Rendición	27
II.	La luz	29
(13)	Psique	30
(14)	Voces	33
(15)	Conciencia	35
(16)	Calma	37
(17)	Espacio propio	39
(18)	Diwali	41
(19)	Poética	43
III.	Epílogo	45

I. La grieta

Escribir sobre lo más íntimo y personal;
lo general está en los periódicos

Elías Canetti

para deshacer con sutileza una vieja herida
para extraer mi aliento de su horrible círculo.

Anne Sexton

(1) Dolor de vivir

No es morir que duele tanto.
Es vivir lo que más duele

Emily Dickinson

Un manto de silencio
cubre la piel fría
aislando el miedo,
la furia, el horror
del paso de los días.
Tres palabra martillean
sus oídos, se repiten
en un eco sin sentido
mientras el dolorido
pasa las cuentas del rosario
incapaz ante tal clamor.

Un tremendo cansancio
llamado dolor de vivir
apaga la luz de la mirada
derrotada ante el sueño
y la ilusión de la vida.
Llega a desear el cese
del aliento, del curso
de la sangre, de la química
del sentir y del pensar.

Vasija llena del deseo
de morir, ya nada
llegará del mundo
que distraiga ese afán,
nada resonará
sino las mismas palabras
que regresan con el oráculo
de la Sibila para un destino

no atisbado por vacante.

Confesión y sollozo
ante una pared gris
sin respuesta, sin asomo
de piedad; soledad
que crece con la enredadera
entre las grietas del muro.
Los nudillos se arrastran
contra la piedra, avanzan
dejando una estela
de sangre y desamparo.
Mas ni siquiera ese último
intento puede acallar
el repetido sonido que implora
querer morirse uno.

(2) Solitude

Mientras desciende el sol, lento como la muerte,
observas a menudo esa calle donde está la escalera
que conduce a la puerta de tu guarida. Dentro
se encuentra un hombre pálido, cumplida ya, remota
la mitad de su edad;

Félix Grande

Cae la seda ligera
sobre la mano desnuda
que el solitario
tiende al abismo
en busca de otra mano.
Cae sobre la curva del cielo
en estratos de color
del negro al gris plomo.
Cae en la línea del mar
-intocable, etérea-,
una franja de luz
que se une apenas
a la del horizonte.

La seda rodea la isla
siendo para el solitario,
límite y muro.
Muro frente al vaivén
de la vida desolada,
muro construido
por capas de decepción.
Límite marcado
por el contorno de la isla,
por la línea de la orilla
apenas pisada.

Un océano sempiterno

confina el sonido,
entrega el silencio
al pulso interno
del sentir, del sufrir.
El ritmo de la respiración
se inquieta, se altera
por fenómenos mundanos.

Cae la noche, cae la seda
sobre la isla ensimismada
en su propia observación,
cae sobre los acantilados
golpeados por la espuma
en su incesante y longevo
intento de dominación.

Cae la noche, cae la seda
sobre los párpados azules
en una nueva oscuridad,
derrota para el día atroz.
Cae la noche, cae la seda
liviana sobre el solitario
en un ensueño frágil,
inquieto, turbador.

(3) Pentimento

¿De qué hablamos cuando hablamos
solos? Pentimento

Olvido García Valdés

Se acercan las aves
planeando, dejándose
caer sobre los tejados,
sobre el acantilado,
en los barcos agolpados
tras los muelles.
El solitario sin vínculo
observa desde la ventana
las nubes reuniéndose
en el cielo, tiñendo
el verde mar de gris,
impregnando tinieblas
sobre el presente.

La garganta quemada
por el silencio continuo
busca en la bebida
acaso un consuelo,
un descanso humilde.
Los ojos abrasados
han recorrido de nuevo
los antiguos poemas
que inspiraron un mundo
dentro de este mundo.

Las manos recorren
las cuentas, un ciento
y ocho más aún,
mitigando el sentir,
calmando el pesar,

amortiguando un dolor
que aparecerá nítido
al reabrir los ojos.

La mente se deja embaucar
por imágenes formadas
para ahuyentar
el temor o el delirio.
Se construyen quimeras,
se conforma la ilusión
con estrellas agonizantes,
el amor ya no es refugio
para el fracaso, queda
el aullido del espectador.

La mirada se detiene
en los estantes plenos
de libros y bagatelas,
las lágrimas sin fuerza
acuden a derramarse
esperando en calma
el anuncio que avisa
del cercano derrumbe.

(4) Jaqueca

Una fuerte tormenta de nieve
desaparece en el mar.
¡Cuánto silencio!

Sigematsu

Cuando llega la noche
enciende una pequeña luz
bajo la línea de la mirada,
silencia los ruidos de la vida
que agitan el caos del mundo
y queda a solas con el dolor
que ha invadido una sien,
un ojo, una ceja, media frente.
Un dolor que establece
su dominio sobre medio cráneo.

Una pulsión de la sangre
golpea al yaciente
con el ímpetu y el ritmo
de un temporal de invierno.
Una quemazón en la piel
que recuerda al perdido
en el desierto,
abrasado viajero sin brújula.
El tiempo ha excavado
una huella en la frente
distinta de otras arrugas
pues ésta ha surgido
con esmero, tenaz,
para recuerdo del paso
del hiriente malestar.

Entretanto busca el hueco
de una mano, una almohada

fría, limpia, suave,
los muslos de una mujer
donde apoyar la sien
para sentir apenas
que se aplaca la furia,
para dejarse caer somnoliento,
alejarse del dolor de los huesos,
de los músculos enervados.

El paso de los días trae
una necesidad de tregua
para el inmenso cansancio
acumulado sin consuelo
que aún tardará en ceder.
Quiere descansar, no sufrir,
dejar caer las manos
para admitir su destino,
aceptar sin condiciones
que esto sin nombre ni rostro
tiene en su derrota quizás
un cierto valor y sentido.

(5) Cansancio

La peor de todas nuestras enfermedades
es despreciar nuestro ser.

Michel de Montaigne

Asciende el cansancio
desde la planta de los pies,
se sujeta a lugares
imposibles, absurdos,
se cuelga en los huecos
que el desaliento ha dejado
a la vista, sin custodia.

Una hiedra cubre
ahora el cuerpo.
Una planta desatendida,
relegada mas constante
en su invasión milimétrica.

Cuando llega a la frente
ya es demasiado tarde,
el cuerpo ha sido conquistado,
el ánimo derrotado,
la mente acaso sólo puede
certificar que no hay escapatoria.

Rendirse para el extenuado
no es una alternativa
sino la única decisión posible.
Quiere cerrar los ojos,
ceder sin resistencia,
mitigar esa fatiga
ahora convertida
en dolor de corazón.

Quiere ceder al sueño
con la irreal esperanza
de encontrar una tregua,
un amanecer donde lo oscuro
haya desaparecido
y se ilumine el mundo
como los muelles
cuando desaparece la niebla.

(6) Clasificación

Quien no encaja en el mundo,
está cerca de encontrarse a si mismo

Hermann Hesse

Para mitigar el caos
creará mil y una artimañas,
medirá con precisión la distancia
hasta el filo del abismo,
moverá de lugar los objetos
buscando una clasificación
escondida, no escrita.

Buscará la anomalía,
dudará de lo dispuesto,
dando un paso atrás
estudiará si aún cabe
un pequeño cambio.
Volverá a dejar el objeto
en el suelo para comenzar
a calibrar otra clasificación
que atenúe la inquietud.

Se perderá en un bosque
creado a imagen propia,
será el paseante y el camino,
árbol, helecho y fuente.
Buscará un horizonte,
el sol que indica la dirección
oculta a los ojos ineptos.
Intentará leer el arcano
inscrito en la madera,
en el soplo del viento,
en el musgo sobre la piedra.

No hallará descanso
pues el caos se mueve,
se desliza en silencio.
A cada pieza instalada
le sucede un movimiento
que pone en duda el acto,
la decisión anterior.
Buscará repetir en silencio
las palabras que desafían
el misterio y el tiempo,
que protege a la mente
inquieta y bulliciosa.

Con el ritmo alterado
de la respiración examinará
los objetos para situarlos
en el lugar original.

Como quien comprueba
el interruptor de la luz.

(7) Recreación

Tener como única certeza
la sabiduría de la incertidumbre.

Milan Kundera

La calle fue empedrada
usando miles de adoquines
colocados con paciencia,
precisión y cansancio.
Cada mañana trae
la tarea de una nueva fila
a colocar en el avance,
un progreso escaso,
semejante a otros empeños.

Recreación de una tarea
colmada de planes
que aguardan una decisión
para no cerrarse en un bucle.
Las ideas recurrentes
regresan con nuevos afanes
y viejos rituales que calman
el interno desasosiego
mientras se comprueba
lo ya certificado.

El dubitativo
ordena lo ya clasificado,
repite antiguas pautas
por ver si deshacen el caos.
Repasa conversaciones
hasta desmenuzarlas
en granos de arena;
prepara futuros diálogos
para rehuir lo imprevisible

y lo aleatorio,
mas la incertidumbre
sin remedio aparecerá
para derribar la seguridad
inventada por el temor.

No rememora lo ocurrido
sino el relato creado
para el observador y el oyente.

Tensa las mandíbulas,
le chirrían los dientes
hasta estallar piezas
que habrá que reparar.
Tararea canciones
del extenso almacén
por ver si la cantinela
mitiga el impulso
invisible, reiterado, privativo.

Busca en la memoria
versos releídos que un día
fueron faro de luz verde,
indicio del final del muelle,
a un tiempo refugio,
certidumbre en la niebla,
regreso al pasado perdido.

(8) Tener miedo a tener miedo

Bajo el miedo
la mente se sabotea a si misma

Jonar Lehrer

Tener miedo a tener
en la lejanía una tormenta
de rayos que ilumina
fugazmente el mar
sin que llegue sonido alguno.

Tener miedo a tener
rotos los anclajes,
ser arrastrado liviano,
estallar contra el acantilado,
anticipar el naufragio.

Tener miedo a tener
una coraza de músculos
en tensión, un fuelle
detenido sin aire,
un dolor punzante,
cristales rotos en la piel.

Tener miedo a tener
la pesadilla que no llegará,
la que no se convertirá
en presente lacerante,
acaso un presagio,
augurio por cumplir.

Tener miedo a tener miedo.
Remolino del futuro,
bucle irresoluble.

(9) La vida angosta

La vie m'est insupportable.
Pardonnez-moi

Iolanda Cristina Gigliotti (Dalida)

Una vaharada golpea
el rostro del apenado,
puede que surja
desde el asfalto,
del húmedo adoquín,
de la arena sin pisar
en la oscura mañana.
Cuando llega el dolor,
sin dilación posible,
sólo queda certificar
la ocupación del territorio.

La garra se adhiere al pecho,
detiene el aliento,
cede un mínimo espacio,
insuficiente para la huida,
apenas un angosto hilo
para que la vida transite.
El cuerpo queda atenazado
por la fuerza del golpe
de un puño en el centro
del sentir del doliente.
Una llama abrasa
donde antes hubo energía
para la vida.

El pensamiento rezagado
quisiera preguntarse
por la flecha clavada
mas no hay tiempo

para indagar sobre origen,
propósito o alcance.

La oleada se extiende
desde la garganta lastimada
que deviene inútil, muda
clausura de la posible salida
de la palabra socorro.
La sensación vital,
impresión o sospecha,
será un punzón clavado
sin origen conocido
ni nexo causal.

Autosuficiente y atroz
no avisa de su llegada,
del tiempo que permanecerá,
del espacio que ocupará
restándolo al ser aterido.
La mente agazapada
observa distante
sin encontrar solución
más allá de la resistencia
pasiva, callada, dolorida.

El doliente busca desorientado
una bocacalle.

(10) El pánico a la gente

El pánico que le tengo yo a la multitud,
a la gente es una cosa congénita.

Juan Rulfo

El aire se detiene
en torno al paseante,
repentina se forma
una cúpula hermética,
una pared de cristal ficticio.

Cercado por la multitud
la garganta busca
desesperada el aire
robado sin remisión.
La voz quisiera gritar
desde lo profundo
la palabra socorro
mas no surge
ni siquiera un suspiro.

La piel duda desolada,
no puede decidir
entre el frío y el sudor.
El corazón se acelera,
bate los tímpanos
un huracán invisible,
con su aleteo pulsante
quisiera huir del pecho,
cárcel para su penar.

El aislado busca auxilio
con la mirada, sin embargo
ni un sólo músculo se mueve.
Nadie percibe su pánico,

nadie advierte su inacción.
El sonido del mundo
llega amortiguado.

Alguien con su nombre
atónito observa,
alguien con sus ojos
capta la perturbación.
Ninguna ayuda puede llegar
del aparente testigo.
Alguien con idéntica biografía
piensa en el primer paso
mas teme la caída
como un muñeco de trapo.
Sólo resta esperar aún
el fin de la entereza
de la tormenta interior.
Sin duración prevista,
con intensidad imprecisa,
nadie ni nada
puede detener la fatalidad.

De golpe los sonidos
regresan, la cárcel
se va desvaneciendo,
el aire pelea por entrar
en unos pulmones plenos.
Como pez fuera del agua
boquea sin decidir
entre inspirar o espirar.
El cuerpo apenas obedece
a una mente estupefacta,
los pies quieren moverse
-pero adónde ir-,
el pecho no ha estallado,
ha resistido los embates.
Agotado, da la espalda
a la muchedumbre
que roba el aliento, el espacio
y la fuerza para la huida.

El observador regresa
al interior de la mente
donde se instala ahora
un dolor sin medida.

Queda una herida
sin sangre ni cicatriz
en el alma derrotada,
invisible a los ojos
desatentos del mundo.
El aturdido se arrastra
hasta una cama conocida
donde el cansancio invade
la extensión de la conciencia
mientras los párpados caen
buscando ahuyentar
la pesadilla soportada.

(11) La crisis

Ser demasiado conscientes de nosotros mismos
es una verdadera enfermedad.

Fyodor Dostoevsky

Desde el plexo solar
llega una vaharada
de calor y terror,
un puñetazo estalla
en el centro del pecho.
Con los pies clavados
a un suelo movedizo
se alza un esfera
-truncada, anómala-
de aire alrededor del cuerpo,
una burbuja menguante.

El mundo se desordena,
las palabras se deshilachan
mientras se forma
un laberinto hermético
sin apenas sonido terrenal,
entretanto crece la zozobra
interior, confusa, dilatada.
Barco desorientado que busca
una ruta de salida, un refugio.
El espacio, en desconcierto,
oscila en un tormento
que sólo percibe
el derribado.

Mientras tanto el tiempo
se esparce en los relojes
que descuentan horas,
las manecillas se mueven

a la contra, espanto de tiempo
sin final ni escapatoria.

Mas no hay otra opción
que obviar el obstáculo
con energía endeble,
tratar de alcanzar los límites
del castillo propio, refugio
final para la paz, renuncia
del mundo y del ruido.
Muralla ante el desgobierno
del ánimo, cese de la opresión,
depósito de pertenencias.
Captura de la mente turbulenta
que se asocia a la quietud,
el dominio para el ánimo propio.

Aislado, llega el momento
de cerrar puertas al desasosiego,
tomar el rosario, asidero
de frases protectoras,
escuchar la sangre
mientras se ralentiza,
contemplar el modo
en que se regula el hálito.
La experiencia asentándose
en la reunión de lo desarticulado,
se rehace el puzzle trastocado.

(12) Rendición

En último término dependemos
de nuestra vulnerabilidad.

Rainer María Rilke

Llega un tiempo sigiloso,
mientras el frágil se cree
preparado, atento, dispuesto.
Un tiempo que deja atrás
el día difuso, antiguo,
mas sin ver enfrente
al que aún no ha llegado
el brusco, el nonato.

Su rendición no es carencia
de valor, argumento o defensa,
sino el mudo situarse
en el exterior circundante
carente de entidad y ánimo
que pueda ser bienvenido.

Con los brazos cruzados
sobre el pecho quisiera
detener, o tan sólo extenuar,
el malestar instalado,
conquistador del dominio
del aliento y el sentir.
Quisiera abandonarse
para dormir, descansar,
dejarse llevar suave
hacia la extraña paz
de la rendición aceptada.

El malestar que invadió,
acotó territorios ajenos,

hoy escribe un manifiesto
sobre el estado de las cosas
que no será rebatido
pues no cabe más actitud
que la de radicarse
en lo frágil, lo vulnerable
de la condición humana.

Rendir armas impotente
ante las huestes de la ruina
no adoptar resoluciones,
diferir decisiones
que han perdido urgencia,
ubicarse en un presente
inquieto, terrible, ahogado.

II. La luz

Confiando palabras
a una linterna flotante,
la empujo a la deriva.

Hashimoto Takako

(13) Psique

Para A. M.

Debemos tener algo entero en la mente,
los fragmentos no son perdurables.

Virginia Woolf

El naufrago desnortado
llega a tus ámbitos
con arena pegada a la cara,
sin ánimo para alzar la vista,
sintiendo un hueco en el alma
que se instala sin condiciones.
Un angosto hilo de aliento
le sostiene como ser vivo,
sin motivo que explique
de dónde proviene,
cuál la causa de su naufragio,
cuál el origen y el destino
de su viaje previsto.

Una estela de lágrimas
sin pretensión
desborda al derruido.

El pensamiento
derramado en el suelo
pieza a pieza es recogido
por unas manos desfallecidas.
Vuelve el caos psíquico,
anterior a las formas
que emergen sin orden ni sentido.
Las palabras surgen
de una boca crispada
arruinándose

en un relato desarticulado,
en un desvarío.

Desde el silencio,
quien le observa
parece descifrar
una coartada, un motivo
entre el ruido urbano
que invade la sala
y el terror
pánico, invasor, corrosivo
para el doliente.

Le ha observado ese tiempo
deshaciendo citas, horarios,
obligaciones y protocolos.
Atiende a la manera
de quien escucha por primera vez
exponer aquel discurso.
Ahí se forjó una alianza
de cuidado y escucha.

Se sienta frente al
ser derrumbado
que recita su murmullo
inconexo, alucinado,
le escucha esperando
hasta que el paciente
esté preparado para pedir,
quizás clamar, socorro
con un sonido que intenta
abrirse paso en el tiempo
para abandonar
un pasado deteriorado.

De este modo comienza
la lenta elaboración
de una fórmula magistral
que como maestro perfumista
irá creando a lo largo de años,
-quitando acá, añadiendo allá-,
dosificando día a día
hasta que la mezcla
consiga fijar un sustento
para el derribado

que a modo de muletas
aún aferra
cuando va a poner
un pie ante el mundo.

Ella crea una sustancia
con el arte paciente
de un orfebre alerta,
dando tiempo a que lo disperso
se reúna, lo aterrado
se sosiegue, lo inquieto
abandone su febril energía.
Colaborando con modestia,
y extensa dosis de atención,
sin complacencias ni apaños,
sin remedios fáciles,
ni engaños ni trucos,
sin desanimo ante la derrota,
con insistencia y confianza
en quien esto escribe.

Alumbrando el camino
de zonas oscuras,
la salida ansiada
por el escéptico
que fue demasiado lejos
en su desesperanza cultivada
con denuedo y fervor.
Seguirá hablando,
cada día más pausado
y concreto, recibirá
la mezcla de sustancias
que calman los terrores,
ayudan a retomar el aliento
y desde ahí, con nueva visión,
encontrar lo que se semeja
a un propósito vital.

Por ejemplo, este boceto
armado de palabras,
con serenidad temblorosa
y una luz entre las manos.

(14) Voces

Siempre hace falta un golpe de locura
para desafiar un destino.

Marguerite Yourcenar

El paseante se acerca al bosque,
compacto desde la lejanía,
para despejar el muro verde,
insertarse en él
como observador atento.
Quiere escuchar
las voces, una a una,
aprender a identificar
lo nuevo de lo viejo,
lo sólido de lo efímero,
lo enraizado terrenal
de lo desarraigado anímico.
Recoge voces descriptivas,
primero vividas y osadas
luego aserto huidizo,
en ocasiones sólo
índice de entomólogo.

Voces de lo profundo
y oscuro del alma humana,
unas comprensivas, empáticas,
otras distantes, impersonales.
El paseante descubre voces
que hablan su idioma
o cuando menos
han recorrido parecidos caminos,
mas no basta transitar
para descubrir lo innombrable.

Entre ellas, algunas voces

doloridas por el conocimiento,
extrema conciencia de si mismo,
muro rozado con los nudillos.
Voces que han sabido reconocer
al otro, no como un infierno
sino como hermano, semejante
con la mirada que sólo posee
el que tiene la herida.

Más allá de esas voces
busca hallar la propia,
llegar a expresarse
desde lo íntimo,
alcanzar al ajeno.
Primero un suspiro,
luego un grito ahogado,
un susurro sin aliento,
una palabra certera,
al fin un verso en la bruma
tan perdido o consciente
como la de aquellos
que le han precedido.

(15) Conciencia

La conciencia es la que te recibe
si llegas y cuando llegas.

Hannah Arendt

Despliega los objetos
de la percepción sobre la hierba,
la hoja que aún no ha caído,
el viento que no ha rozado
la pradera aislada,
la ola que no ha estallado
contra el acantilado.
Añade el pensamiento
que habitará el espacio
entre ambas sienes,
con la fuerza de una obsesión
y la cadencia de un crujido,
vaivén de estímulos
entre el control y la libertad.

Toma los elementos
recién creados, el fenómeno
emergente y el recurrente,
la sensación de las imágenes,
para reconocer existencia,
sentido y valor.
Ahora da un paso atrás
para tomar conciencia
de su fugacidad, de la azarosa
aparición y huida
de todo lo que nos contiene
y de aquello que nos atraviesa.

Ser uno con la perspectiva
del observador y el receptor,

mas ser conciencia
que avanza en lo observado
entre engaños propios
y discursos aparentes,
ser aliento y visión
que no prejuzga el porvenir
ni condena el pasado.
Y entre ambos un presente
que se niega a alejar
gustos y disgustos
pues somos carne y hueso
del deseo incumplido
y de la realidad inexorable.

(16) Calma

El ideal de la calma
está en un gato sentado.

Jules Renard

Pasan los años
sin prestar atención
al propio cuerpo,
abandono y olvido
salvo cuando el dolor
golpea sin piedad.
Destruído por una angustia
instalada en la mente,
se levanta y huye.
Él comienza a caminar
para escapar de las paredes
que se desplazan,
cercando el aliento,
oprimiendo el pecho.
A bocanadas devora
caminos casi olvidados,
bosques hoy desaparecidos,
buscando refugio y sombra
en la piedra junto al árbol,
en la pradera despeñada
hacia el cercano mar.

Por la mañana añade
una cita con el mar
sereno, fresco, renovado
para hundir lentamente
el cuerpo buscando
no el consuelo sino la fusión.
A golpe de brazadas
suaves y acompasadas

avanza sin cálculo,
se deja llevar por el impulso
de un cuerpo coordinado,
atento, olvidado
de todo ruido mundano,
de toda preocupación,
libre en lo azul.

El encuentro con el cuerpo
es movimiento lento,
inseguro, sin docilidad.
A través del tiempo
aprende a observar
sin urgencia cada fracción
de carne y hueso,
cada centímetro de piel,
lasitud y tensión,
olvido y descuido,
coraza, herida y cicatriz.
Mas también un cuerpo
flexible como un joven bambú
inclinándose hacia el suelo
-abatido por un viento
mínimo y concreto-
para regresar luego
a la verticalidad anterior
sin rechazo ni deterioro.

Acompasa movimiento
y respiración hasta la pausa
mínima entre hálitos
donde la mente
detenida en la observación
busca el único punto
de equilibrio conforme
a antiguas leyes.

Prefacio de otra observación
más lejana, completa,
cuando será el observador
en la colina fundido
con lo observado.
Cercanía de la serenidad
rozada apenas
una décima de segundo.

(17) Espacio propio

Un acto fundamental: sentarse en el suelo,
ponerse en una postura correcta
y cultivar el sentimiento
de tener el espacio propio

Chogyam Trungpa

El cuerpo se apoya
en un triángulo del suelo,
metáfora de montaña
asentada e inmóvil,
la raíz dirigida a la tierra,
una columna de monedas
señala el equilibrio
de la espalda recta;
los dedos lacran
la noche con el día,
el cráneo se eleva
sujeto por un cabello.

El testigo toma distancia
para observar a un cuerpo
batido por la sangre,
material que sin remedio
siente dolor y placer.
La tarea, contemplar
sin dejarse atrapar
por el oleaje incesante,
evitar el peligro
de abismarse en si mismo.

Los afanes del corazón
pugnan por brotar
en desorden espantado
conmoviendo el pecho

sin importar el tiempo
pasado o futuro
en que fueron creados

El observador debe ver
-dicen los maestros-
su pensar como nubes
reflejadas en un espejo,
-bienvenida al que llega,
despedida al que parte-
sin alterar el ánimo,
sin querer atrapar
la imagen, apenas un reflejo
sin entidad, en su paso
ante la luna de cristal.

El aliento sube y baja
en constante intercambio
con el mundo, alimento
y fuerza para obrar,
con cada sorbo de aliento,
un suspiro y una sílaba
-sonido y misterio-
hasta olvidar ese ritmo
ahora pausado y natural.

En el intervalo mínimo
entre inspirar y espirar
hay una pausa que rehuye
ser fijada, un territorio,
acaso un espacio propio
-real un instante,
efímero el siguiente-,
donde se muestra fugaz
un destello de serenidad
-inaprensible al ser buscada,
inexistente al ser recordada-
un atisbo que el sedente
ha vivido apenas el tiempo
del parpadeo de una luz
sin identidad ni permanencia.

(18) Diwali

Estamos siempre en el inicio de las cosas,
en el instante frágil que contiene
la potencia de la vida.
Estamos siempre en la mañana del mundo

François Cheng

Llegará la mañana de otoño,
se iniciará una jornada
de limpieza y aire nuevo
para las estancias ocupadas
largamente, pesadamente.
Se pintarán las paredes,
se adornará la casa,
se regalarán dulces y flores
a aquellos seres descuidados
por el cansancio del tiempo.
Se reemplazarán viejos útiles,
se cerrarán cuentas y deudas,
remitirán antiguos rencores,
se renovará la vecindad.

Llegará la tarde de otoño,
se iluminarán los caminos
con pequeños candiles
que indiquen los pasos
que debe recorrer el fin
de los malestares,
el aire atravesará ventanas
abiertas a los aromas
de flores recién cortadas.
Se encenderá incienso
en las orillas del río de la vida,
se harán ofrendas repitiendo
frases entre murmullos.

Llegará la noche de otoño,
se encenderán candelas
en linternas de papel,
barcos -frágiles, etéreos-
surcarán inmensidades
confiando en que su viaje
sea largo, sosegado,
que la distancia se dilate,
hasta perderse de vista
en la corriente que se lleva
el viejo orden y abre,
en su lugar, espacio
para las experiencias
aún no nacidas
que en futuros días
retornarán marchitas
al río para reanudar
el ciclo anual, vital,
en la eterna rueda
de destrucción y creación.

Avanzarán las luces flotantes
en una noche de otoño.

(19) Poética

Ya no se quien dijo, hablando de
la posible definición de la poesía,
que la poesía es eso que se queda fuera
cuando hemos terminado de definir la poesía.

Julio Cortázar

Tuvo que ser desterrado
el antiguo deseo de silencio
tuvo que recorrer solo
los caminos de la edad.
Conocer fracaso y decepción
-más algún placer del cuerpo-
hasta que llegara el momento
oportuno, crítico, apelativo
en que la palabra empujara
contra la pulsión encubierta,
y al fin se reunieran.
Corriente de agua
que lleva el río a la mar,
mar que devuelve
espuma con el oleaje.

Tuvo que ser tabla de salvación
aparecida en la niebla del naufragio,
inesperada balsa llegada
el instante anterior al desistimiento
de toda maniobra de supervivencia.

Tuvo el neurótico que exponerse,
ser encauzado hacia el ritmo
del aliento, hacia la pausa
entre cada respiración
para encontrar en ese intervalo
la calma que inspirara

el flujo de unos versos
preparados para el papel,
para ser ensartados
con el alfiler que clava
una mariposa por sus alas.

Tuvo que ser abandonado
el yo biográfico
para ir al encuentro
del yo poético, distinto
a fuerza de ser idéntico.
Con los dientes apretados
desde la vivencia del grito
del hombre abatido
por la fuerza del mundo.
Para ser grito de socorro,
del dolor y de la pena,
excavación bajo la piel,
esencia del suspiro material
en las esquinas del vivir.

Tuvo que ocurrir el encuentro,
la conquista de la pasión
del camino propio,
del propósito vital.
Aparición del tiempo, el *tempo*,
no el de la expresión
sino el de la creación de una voz
que se arrastra por el papel
con la pisada suave de la tortuga,
caparazón habituado
a los temporales del océano.
Decisión de retirar los sentidos
del mundo, si fuera preciso,
para que la voz surgiera,
se construyera en cada verso,
se rehiciera en cada duda
se cuestionara con la pluma
preparada, inquieta,
a la espera del vocablo preciso.

Poesía que, a lo sumo,
pregunta por la luz
que se cuela entre las grietas.

I. Epílogo

Ring the bells that still can ring
Forget your perfect offering
There is a crack in everything.
That's how the light gets in.

Leonard Cohen

The line "a crack in everything" seems to come from a book by Jack Kornfield on buddhism. The story is that a young man who had lost his leg came to a buddhist monastary thing, and he was extremely angry at life, and always drew these pictures of cracked vases and damaged thing, because he felt damaged. Over time, he found inner peace, and changed his outlook, but still drew broken vases. His master asked him one day: "Why do you still draw a crack in the vases you draw, are you not whole?" And he replied
"yes, and so are the vases. The crack is how the light gets in"

La línea "una grieta en todo" parece venir de un libro de Jack Kornfield sobre budismo. La historia trata sobre un joven, que había perdido una pierna, que llegó a un monasterio budista, estaba muy enfadado con la vida y siempre dibujaba imágenes de jarrones rotos y objetos dañados, porque él se sentía dañado. Con el tiempo, encontró la paz interior, y cambió su percepción, pero aún dibujaba jarrones rotos. Su maestro le preguntó un día: "¿Por qué todavía dibujas una grieta en los floreros ?, ¿no estás completo?" Y él respondió:
"Sí, y también lo están los jarrones. La grieta es el modo en que la luz entra"